

del Criador por nosotros, solamente correspondemos á las intenciones divinas, haciendo una cosa muy agradable al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Así me haga partícipe Nuestro Señor de su paraíso como estoy segura de no engañaros.

Rindióse mistress Needle al oír estas palabras, dichas con un convencimiento que se infundía de irresistible modo en su espíritu vacilante,—Bien, bien, contestó; permito á mis hijos lo que Dios permite.

—No obstante, invocadla también; decid como el ángel Gabriel: “Ave, María, llena de gracia.”

Intentólo la Needle una vez y dos; la frase moría en el labio sofocada por un ciego terror; pero al fin prevaleció la razón, y dijo:—Ave, María, llena de gracia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

EL TURCO.

—
ODA.

Del Bósforo vagaba en la ribera
De noche un turco de su bien distante,
Palido de mortal melancolía;
Mal compuesto llevaba su turbante,
Y con voz angustiada así decía:

Aquí en la playa de los tristes mares,
Al resplandor de la callada luna,
Renacen en el alma mil pesares
Al recordar que la querida mía
Ausentóse llorando de mi lado,
Llorando inconsolable en su agonía.

Infeliz, agitado, sin consuelo,
Yo mismo me desgarró la honda herida
Que abrió en mi pecho el enojado cielo.

De borrasca en borrasca arrebatado,
 En medio de la angustia más tremenda,
 De la vida fatal corrí la senda,
 Sin encontrar en mi dolor terrible
 Algún amigo á quien volver la cara,
 Que por piedad mis ojos enjugara.
 ¡Ay! ¡infeliz del que nació sensible!
 Ora tal vez la hermosa en blando lloro
 Mojará su blanquísima mejilla,
 Y suelto al aire su cabello de oro,
 Sobre la arena hincada la rodilla,
 Acaso volverá sus ojos tiernos
 Y entrambas manos á esta triste orilla.
 O, qué se yo, si al resplandor divino
 De esa luna tranquila y apacible,
 Asida al brazo de un rival amado,
 Palpitará su corazón sensible,
 Como otras veces palpité á mi lado.

Desde la hora fatal de su partida
 Devorado de bárbara tristeza,
 Busco la soledad más escondida,
 Visito á solas la musgosa fuente,
 O recorro tal vez la playa ardiente
 Que al lado frecuenté de mi querida.
 ¡Con qué placer pasábamos las horas
 Oyendo de las aguas el estruendo,
 Y el triste grito del alción marino
 Que revolaba sobre el mar tremendo!

Su blanca mano aquí coger solía
 El nido de la acuática paloma,
 O lazos á la tórtola tendía
 Entre el junco flexible y amarillo.
 ¡Cuánto aprecié sus inocentes juegos!
 ¡Cuánto envidié su corazón sencillo!

¿Cómo se fueron tan hermosos días?
 ¿Cómo en la playa me he quedado solo
 Sin quien alivie las desgracias mías?
 Mujer incomparable, ¿qué se hicieron
 De aquella vida la quietud y encanto?
 ¿Cómo de un golpe para siempre huyeron,
 Y me dejaron soledad y llanto?
 Miro marchita de una vez mi gloria
 Como la flor que deshojó el arado:
 Yo era feliz, mas sólo la memoria
 Ora conservo de mi bien pasado.
 Todo á tu lado era á mis ojos dulce:
 Esa luna magnífica y radiosa,
 Esos astros de luz, ese hondo cielo,
 Ese ponto feroz que no reposa,
 Esos grandes peñascos, ese suelo
 Con sus aves, sus árboles y flores;
 Todo me acompañaba en mi alegría;
 Hoy todo me acompaña en mis dolores.
 Tanto, sin tí, me agobian los pesares,
 Que á veces en la noche me importuna
 Ver levantarse la redonda luna

Alla detras de los hirvientes mares.
 ¿Qué me interesa en el distante cielo
 El centellante Orión y Cinosura.
 Si tan lejos estoy de tu hermosura,
 Unico bien que sin cesar anhelo?
 ¿Qué me importa sin tí la blanca nube
 Volando incierta por el aire leve?
 ¿Qué los grandes y verdes platanares
 Que fresco el viento vagaroso mueve,
 Si nos separan los inmensos mares?
 ¿De qué me sirven los jacintos rojos,
 El lirio azul y el loto de la fuente,
 Si no los han de ver aquellos ojos,
 Si no han de coronar aquella frente?
 Ora tal vez en la riebra opuesta
 Fijas la vista en esa luna triste,
 Y sollozas al ver su luz funesta
 Que allá nos alumbró cuando partiste.
 Yo también la contemplo aquí á mis solas,
 Y recuerdo tu llanto y tu agonía,
 Y recuerdo que al golpe de las olas
 Temblaba tu alma y á la par la mía.
 Me acuerdo que tus ojos soberanos
 Se clavaron dos veces en el suelo,
 Dos veces se clavaron en el cielo,
 Y alzaste juntas esas blancas manos.
 Nunca jamás me olvidaré en mis días
 De cuando hablamos por la vez postrera:
 ¿Me olvidarás por otra? me decías:

¿No llorarás por mí cuando me muera?
 En tanto se agitaba tu semblante;
 Y cambiaba de formas y coloves,
 Trémulo enmudeció tu labio bello,
 Las lágrimas rodaron de tus bellos ojos,
 Y en tu alba frente se erizó el cabello.

Inocente mujer, pura y amable,
 La más amable de tu sexo grato,
 ¿Cómo á mi corazón le fuera dable
 Olvidarte por otra? ¿Cómo ingrato
 Podré borrar de la memoria mía
 Tanta ternura, gracias y recato?
 Agitado me encuentran los luceros,
 Y del ardiente sol la llama viva;
 Siempre te busca el alma pensativa,
 Y si descubro en mi fatal martirio
 De tu pie delicado alguna huella,
 Agitado de trémulo delirio
 Mi llanto moja tu pisada bella.
 Por piedad una lágrima te pido,
 (Tengo hincada en el suelo una rodilla)
 Una lágrima sola de ternura
 En recompensa de mi fe sencilla;
 Mientras que yo, sumido en mi tristeza,
 Repaso á solas mi tremenda historia,
 Y al repasarla traigo á la memoria
 Tu dulce rostro y su fatal belleza.
 Alzando á ratos mi semblante adusto

Pídole al cielo que dichosa seas,
Pídole al cielo que otra vez me veas
En la mansión espléndida del justo.

Del turco en tanto ya la voz desmaya;
Y al ver que el mar no cuida de su pena,
Vase á lo largo de la triste playa
Arrastrando el alfanje por la arena.

MANUEL CARPIO.

